

Harold Pinter, el ogro romántico

- La viuda del premio Nobel relata en un libro sus más de 30 años de convivencia
- El dramaturgo, fallecido en 2008, pierde en estas páginas su imagen de irascible

DANIEL POSTICO / Londres
Especial para EL MUNDO

La viuda de Harold Pinter, Lady Antonia Fraser, acaba de publicar las memorias de su relación con el genial dramaturgo en las que lo presenta como un romántico que la conquistó poco a poco, con bellos e íntimos poemas y un maravilloso romanticismo. Nada que ver con su fama de cínico y malhumorado, ni con la crueldad humana y las infidelidades que muestra en sus obras.

El título del libro, *Must you go? (¿De verdad debes irte?)*, fue tomado de la pregunta que le hizo Pinter la noche que se conocieron, la noche del 8 de enero de 1975, en una cena organizada por su hermana con motivo del reestreno de *La fiesta de cumpleaños*, una de las obras cumbre de Pinter.

Entonces Lady Antonia tenía 42 años y estaba casada con el parlamentario conservador Hugh Fraser, con el que tenía seis hijos. Era una brillante y respetada biógrafa de personajes históricos como el Rey Artu-



El dramaturgo y premio Nobel inglés Harold Pinter, junto a su mujer, Lady Antonia Fraser, en los años 80. / GETTY

‘¿De verdad debes irte?’ cuenta su intensa relación de amor y complicidad

Estas memorias están basadas en el diario que la escritora empezó en 1967

ro o Cromwell. Por su parte, Harold, de 44 años, estaba casado con la actriz Vivien Merchant y tenía un hijo, y ya estaba considerado como el mejor dramaturgo británico moderno, con obras como *El portero* (1960) o *Retorno al hogar* (1965).

Hacia el final de la fiesta, Antonia se acercó a Pinter para despedirse. «¿De verdad debes irte?», le dijo él. «No, en realidad no es absolutamente necesario que me marche», le respondió ella. Y ella le invitó a hacer un té en su casa, un té que se convirtió en una copa de champán. Y ella se quedó con él durante 33 años. Hasta el final.

Las memorias están basadas en el diario personal que la escritora, de 77 años, redactó de manera constante desde 1968, antes de conocer a Pinter. Nunca pensó en publicarlo, ni en hacer la biografía de su marido, pero tras la muerte de éste, el 24 de diciembre de 2008, sintió una necesidad irrefrenable de escribir, de reconstruir su historia, de recordarlo, de mostrar al Harold Pinter que el gran público no conocía.

El libro es el retrato íntimo de su relación con el autor, desde el momento en que decidió quedarse hasta el final. Tras ese primer encuentro, tras esa primera noche, el amor surgió enseguida.

Viejos tiempos

IGNACIO AMESTOY

No es necesario recurrir a Flaubert para reconocer que todos los escritores, en mayor o menor medida, son su *Madame Bovary*. Desde Grecia hasta hoy, los autores han tenido, y tienen, como su modelo más cercano a sí mismos. Ya Esquilo se puso en el espíritu de Dario para dar una lección de *sophrosyne* a sus compatriotas en su obra *Los persas*. Como también, más cercanamente, Arthur Miller, se cobijó bajo la piel de Quentin, en *Después de la caída*, no sólo para traer a su obra a la que había sido su mujer, Marilyn Monroe, sino para justificar algunos de sus comportamientos.

Harold Pinter (1930-2008), el autor dramático del siglo XX que más está influyendo en el siglo de la posmodernidad, también se introdujo en su teatro para explicarse a sí mismo y a los demás. Su relación con su primera esposa, Vivien Merchant, su actriz preferida y madre de su hijo, fue tormentosa, y acabó mal, en medio de un gran escándalo. Su segundo matrimonio, con Antonia Fraser, se produjo a continuación, en 1980, cuando el autor cumplía 50 años.

Antes y después de llegar a su medio siglo, Pinter consideró sus vivencias como gran almacén para sus piezas dramáticas, desde una profundización esencialista en el yo y el tú, en su primera etapa, hasta sus planteamientos más comprometidos socialmente con posterioridad. Su teatro, a caballo en-

tre los efluvios sartrianos de *A puerta cerrada* y el universo beckettiano de *Esperando a Godot*, comienza en 1957 con *La habitación*. Luego, siguiendo la deriva iniciada por los Jóvenes Airados, llegará a escribir *El lenguaje de la montaña*, teniendo como base la represión de los kurdos, que quiso vivir en directo. Luego vendría el llamarle «idiota» a Blair y «asesino» a Bush, o su vídeo incendiario en la concesión del Nobel.

En el centro de su producción teatral cabe destacar por su carácter especular, y también como una de sus más interesantes obras en su análisis de las relaciones entre los seres humanos y el tiempo y el espacio en que las viven, *Viejos tiempos*. La pieza se estrena en Londres en 1971 y tiene a tres personajes como protagonistas. Un matrimonio, formado por Deeley, ¿el propio Pinter?, y Kate, es visitado por Anna. Sobre un espacio y un tiempo que son todos los espacios y los tiempos que han vivido los tres, sus personalidades se dibujan al desdibujarse. Y de la misma forma que Kate puede ser Anna, Deeley puede ser otros hombres que hay dentro de él. Cuando Deeley, al acabar la obra, se dirige a Kate, es lo mismo que si se dirigiera a Anna: «Ella te imitaba. Era muy callada, muy callada. Quizá no era ella, sino tú. Quizá eras tú la que tomaba café conmigo, callada, muy callada». Si duda, viejos tiempos de Pinter, viejos tiempos de todos...

Ese mismo año, 1975, Pinter le pidió la mano aunque no se pudieron casar hasta 1980, cuando ambos finalizaron sus respectivos procesos de divorcio.

En el libro cuenta que al principio muy pocos apostaban por el éxito de su relación. Sin ir más lejos, el padre de Antonia se oponía al matrimonio, aunque después cambió de idea. Ambos eran escritores consagrados, y de carácter fuerte. Todo apuntaba a un choque frontal de pesados egos. Pero no fue así. «Nos complementábamos muy bien», cuenta Lady Antonia. Los dos éramos escritores, pero de géneros distintos. Yo le entregaba mis textos para que me los corrigiera y él actuaba conmigo para recrear sus obras».

Pinter la fue conquistando con evocadores poemas —«Te echaré de menos cuando muera», le escribió en el 2008, en un poema en el que se despedía de ella— y con una ternura y sencillez desconocidas a la luz pública. Lady Antonia define su relación con el Nobel como apasionada

Según Lady Antonia, el escritor consiguió mantener el fuego hasta su último minuto

También se relatan los últimos siete años del autor, en los que luchó contra el cáncer

e intensa. El autor fue capaz de mantener este fuego encendido hasta el último segundo.

El libro muestra a un Harold distinto, más tranquilo, de buen humor, apasionado. En una conferencia impartida en México, donde vive uno de sus hijos, la escritora admitió que «en casa yo era la grufona». Y que una de sus hijas, tras leer el libro, le confesó: «Sí, éste es el Harold real, el que conocíamos pero que el mundo desconocía».

«En privado, [Harold] era un compañero alegre, nada que ver con la persona melancólica y enigmática en la que se convertía en público», cuenta Lady Antonia en otra entrevista. La última parte del libro relata los siete años de agónica lucha contra el cáncer que vivió el Premio Nobel, tiempo en el que el dramaturgo siguió escribiendo, incombustible, pertinaz. «No fue hasta que escribí el libro que me di cuenta de lo extraordinariamente valiente que fue [Harold]», reconoce Lady Fraser.

Cuando Harold agonizaba en la cama del hospital ella le leía *Resurrección*, de Tolstói, en voz alta. Y cuando sintió que se acercaba la hora del adiós, Lady Antonia se asomó a su diario y escribió: «¿De verdad debes irte?». Y respondió ella misma: «Sí ya es tiempo».